

Fragmento de un retrato de Manuel Mejía Vallejo

Eduardo Peláez Vallejo



Guillermo Angulo, *Manuel Mejía Vallejo*, sin más datos, publicada en <http://www.ciudadviva.gov.co/julio08/magazine/5/index.php>

[...]

Manuel Mejía Vallejo era un hombre superior, por talento y por personalidad. En él se encontraba,

en grado superlativo, esta palabra de Montaigne: “La primera de todas las cosas de este mundo es saber pertenecerse a sí mismo”, y por eso vivía con una obsesión que expresaba así: “Uno no se puede dejar invadir de nada ni de nadie”.

Esa es la condición previa para otra cualidad definitiva de Manuel: su intensa soledad. Yo sé de soledad y puedo decir que Manuel era un solitario de verdad, de vocación derivada de su constitución, un solitario sin queja ni sufrimiento, un solitario sin ostentación, como el sol es amarillo y brillante y está encima de nosotros.

Pero también era amable. Su soledad no lo hacía hosco. Al contrario, era cordial, abría su puerta y dejaba ver su morada, se interesaba en los asuntos de los demás y, como generalmente acudían a él en busca de ayuda, su agilidad ponía al paciente en el camino de la solución y se separaba inmediatamente

hacia su propia órbita, porque no era zalamero ni tenía demasiados afectos.

Y lo obvio: Manuel era escritor. A la literatura se llega por diversos caminos. En extremo se podría decir que cada escritor es un camino hacia la literatura. Manuel fue escritor porque era escritor (“La rosa es sin por qué”). El rasgo más sobresaliente de su alma era su natural condición de escritor, de habitante de la literatura en todo tiempo y en todo lugar, escribiendo y leyendo. Esta condición es independiente de toda valoración, es indiscutible. Todo su tiempo estaba ocupado en la literatura, y especialmente en la suya, que se enriquecía con todo lo que percibía desde el exterior y de su interior, que se elaboraba en su extraña maquinaria humana (“La fábrica de ensueños”) y que regresaba al mundo en palabras de arte.

No es extraño que haya escritores en el mundo, no lo es. Me parece más notable que haya, por ejemplo, pedicuristas. Pero sí es al menos simpático que una persona viva toda su vida para la literatura y en la literatura, inapelablemente, sin una pregunta previa ni una respuesta a nadie, como si alguien tuviera por destino rascarse la cabeza durante toda su vida. Porque para Manuel la literatura fue un destino, no fue un negocio; y eso sí es

extraño, eso marca una individualidad, caracteriza, como a Alonso Quijano, el bueno: Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos



Jairo Osorio, *Jorge Luis Borges y Manuel Mejía Vallejo*, 1978, fotografía, Concejo de Medellín, tomada de Jairo Osorio y Carlos Bueno, *Borges: memoria de un gesto*, Medellín, Hombre Nuevo,

1979

como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles. Y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo”.

La literatura de Manuel es, como él, culta, parte de su individualidad y de la buena literatura de muchos tiempos y lugares, como toda la que tiene calidad. Los libros de Manuel no están limitados a la antioqueñidad, a la colombianidad, a la latinoamericanidad ni a ningún ámbito estrecho que pudiera calificarlos de locales, de parroquiales, de menores. La obra de Manuel es seria, impecablemente escrita, original, sabia, bella, universal; es una obra, además, reconocida en Antioquia, en Colombia, en América y en Europa (cuando García Márquez le iba a presentar a Manuel a Juan Rulfo en su casa en México, Rulfo protestó: cómo me va a presentar al maestro Mejía Vallejo si yo lo conozco mucho y he leído sus novelas y sus cuentos, y sé que es uno de los mejores escritores latinoamericanos). Para ello Manuel no hizo nada, no cambió su actitud para ganar la amistad de los editores, no movió un solo resorte para ser mejor publicado, no intentó zalamerías ni soborno para ganar los premios que ganó (muchos e importantes), no aceptó ninguna presión, no cedió un milímetro de su terreno, no acentuó su rebeldía. La obra de Manuel es importante porque los lectores de esos mundos han encontrado en ella la palabra ocupada por el sentido y han percibido que esa palabra le

dice al hombre en su soledad verdades de la vida que le interesan, que lo conmueven, que le muestran mundos que han sido, son o podrían ser, viaja por ellos como en un sueño.

¡Y su palabra! Manuel tenía una voz varonil ambientada por un acento profundamente antioqueño que ningún contagio matizó ni, menos, deformó, a pesar de que vivió mucho tiempo fuera de su tierra. Su castellano era perfecto, rico y culto, pero en la conversación corriente usaba el lenguaje coloquial de todos sin ninguna ostentación. Las palabras se le apeñuscaban en la lengua, se atropellaban, no cabían juntas en una misma expresión, en una misma idea, pero todas eran perfectamente escuchables e identificables, como si cada una estuviera particularmente coloreada. Tardé mucho en entender eso porque lo primero que se percibía era casi un tartamudeo, y sin embargo se le entendía todo lo que decía. Hablaba a un volumen un poco alto, sin ser como un sordo, y lo subía y lo bajaba de acuerdo con su código secreto dictado por las necesidades de la conversación, a medida que esta se producía; su cara, sus manos y su tronco hablaban con su lengua en un coro polifónico, y el resultado era una expresión total, bulliciosa, acaparadora de la atención, deliciosa.

La conversación de Manuel era siempre improvisada (“La particularidad de su palabra consistía en la espontaneidad. Era evidente que nunca pensaba en lo que decía ni en lo que iba a decir, y por eso se expresaba con absoluta seguridad”. *Guerra y paz*, León Tolstoi). No tuvo un discurso preparado en ningún tema, pero generalmente era consecuente con lo que decía. Por eso sus frecuentes monólogos resultaban interesantes y agradables; y ni hablar de la gracia, el humor profundo, natural, rápido e improvisado, la velocidad mental y verbal, la capacidad apabullante para responder, la facilidad y oportunidad de las citas, el impecable dominio del castellano, la memoria de elefante, el conocimiento de mundos, la imaginación, la sencillez, el desparpajo, la incontinencia cuando de decir barbaridades se trataba, la seriedad en el momento preciso y en otros no tan precisos, y la mejor de todas las dotes del buen conversador: su capacidad de escuchar, su generosidad para disfrutar y respetar la conversación de los demás.

No hay duda: el conversador más brillante que he conocido fue Manuel Mejía Vallejo.

[...]

Fragmento extractado con autorización del libro de Eduardo Peláez Vallejo, *Retratos*, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 2001, pp.120-124. Además de este libro, Peláez Vallejo publicó en 2011, con Emecé Editores, el libro de memorias *Desarraigo*.